



punto de vista

Los pequeños agricultores pueden alimentar al mundo

Dar a la población rural pobre la oportunidad de salir de la pobreza



Los pequeños agricultores pueden alimentar al mundo

En tierras antes estériles del desierto egipcio, Ahmad Abdelmunem Al-Far y otros agricultores colegas suyos están demostrando cómo la agricultura orientada al mercado puede transformar las vidas y sacar a la gente de la pobreza.

Ahmad tiene un título en Ingeniería Agrícola de la Universidad de El Cairo, pero al igual que otros muchos graduados de Egipto, no pudo encontrar trabajo en su profesión después de graduarse. Tras años de desempleo, salvo por algún trabajo ocasional en un garaje o como camarero, respondió a un anuncio en el que se ofrecían oportunidades en el sector agrícola a graduados sin empleo.

Después de entrar a formar parte de un proyecto apoyado por el FIDA, Ahmad recibió una parcela de 2,1 hectáreas de tierra recién ganada al desierto. Con el proyecto se introdujeron un fondo de crédito, sistemas de aguas residuales y eliminación de residuos y el riego por goteo. También se impartió capacitación a los agricultores en producción agrícola y ganadera y en técnicas sostenibles de gestión del agua y la tierra.

Ahmad comenzó a cultivar habas, cebollas, pimientos verdes, tomates y papas. Él y su esposa también compraron vacas para obtener carne, queso, mantequilla, manteca clarificada, yogur y leche fresca. Y plantaron naranjos, que se han convertido en un cultivo comercial. En 2008, produjeron 40 000 toneladas de naranjas.

Gracias al proyecto los agricultores establecieron vínculos directos con los exportadores y los principales compradores del mercado interno. Los 36 000 agricultores que participan en el proyecto proveen de naranjas frescas y queso mozzarella auténtico a los centros turísticos de Sharm-el-Sheikh en Egipto. Exportan pimientos dulces y tomates secados al sol a Italia y los Estados Unidos, maní a Alemania y Suiza, y pasas, alcachofas, albaricoques, duraznos y papas a diversos países europeos.

Tal vez el contrato que más admiración despierta es el que tienen con Heinz, que ahora compra más de 6 000 toneladas de tomates al año a 300 fincas del proyecto. Heinz proporciona a los agricultores semillas y les garantiza la compra de la mitad de su cosecha a un precio acordado. Si los agricultores no pueden vender los tomates restantes en el mercado interno, Heinz se compromete a comprarlos también.

Con el apoyo llega el éxito

Este ejemplo de éxito extraordinario es la prueba de que los pequeños agricultores pueden ser parte de la solución para lograr la seguridad alimentaria mundial, ayudando a alimentar al mundo. Pero no pueden hacerlo solos. Lo que necesitan es que los países ricos y pobres por igual inviertan en el desarrollo agrícola y rural y respalden dicho sector, creando las condiciones necesarias para que la población rural pobre pase de la agricultura de subsistencia a los mercados.

Hay unos 500 millones de pequeños agricultores en todo el mundo; el sustento de más de 2 000 millones de personas depende de ellos. Estas pequeñas explotaciones producen alrededor del 80 por ciento de los alimentos que se consumen en Asia y África subsahariana.

En los muchos años que llevo trabajando en el sector agrícola y el desarrollo rural, hay dos cosas que cada vez se han hecho más evidentes. La primera es que la agricultura a cualquier escala es una actividad comercial, y que hay que tratar a los pequeños agricultores y los productores como empresarios. La segunda es que hay que establecer vínculos claros entre las actividades comerciales y toda la cadena de valor, desde la producción hasta la elaboración, pasando por la comercialización y, en última instancia, el consumo. Cuando se crean estos vínculos, empiezan a suceder cosas maravillosas.

En mis viajes por todo mundo, he conocido a docenas de personas como Ahmad, personas cuyas vidas han dado un vuelco con un poco de ayuda mediante diversas formas de empoderamiento. La historia siempre se repite. En un país tras otro, las vidas de comunidades enteras se han transformado gracias a los proyectos apoyados por el FIDA.

Tomemos por ejemplo el caso de Elysée Nkundabagenzi de Rwanda: vivía en una comunidad donde las personas eran extremadamente pobres y padecían malnutrición, y ella y sus vecinos recibieron pequeños préstamos, cabras y vacas, además de formación para la creación de huertos familiares.

O también el caso de Esther Siakanede de Zambia, quien gracias a un plan de riego en pequeña escala ha conseguido cultivar coles y tomates para los mercados de Livingstone y Kalomo.

También podemos hablar de Pedro Tun, un pequeño agricultor y presidente de una asociación de productores de Guatemala. Con el respaldo de un proyecto apoyado por el FIDA, los miembros de la asociación empezaron a cosechar cultivos de gran valor, como porotos y cebollas. Compraron un equipo de riego, construyeron una nueva instalación de almacenamiento y trabajaron con asociados del sector privado para llevar sus productos a mercados nuevos.

Aunque las historias particulares y las regiones del mundo son diferentes en los ejemplos mencionados, los resultados finales son los mismos: un aumento de la producción y la productividad trae consigo un incremento de los ingresos, más comidas al día, casas nuevas, y una mejor educación y condiciones de salud para las familias, sobre todo para los niños.

En Rwanda, Elysée ahora produce una cantidad suficiente de hortalizas y leche para suplir las necesidades de su familia, e incluso le sobra para vender en el mercado. Puede enviar a sus hijos a la escuela y contratar un seguro médico. Además, ha dejado su choza de paja y está construyendo una casa nueva. En Zambia, Esther ha conseguido enviar a sus hijos a la escuela secundaria, ha comprado cuatro cabras y un teléfono móvil. También ha comprado fertilizantes para cultivos de tierras altas y ha construido una casa con láminas de hierro. En Guatemala, Pedro y sus colegas venden sus productos a algunos de los principales minoristas del mundo, entre ellos Walmart.

Estas historias, junto con otras que he presenciado —desde pequeños cultivadores de café en la República Dominicana a productores de yuca en Ghana— son una muestra del poder de la agricultura orientada al mercado para generar ingresos y el crecimiento económico sostenible.

Pero no se puede lograr sin el firme compromiso de los múltiples asociados: los agricultores, los gobiernos, las ONG, la sociedad civil, el sector privado y los pequeños agricultores y sus asociaciones.

Los pequeños agricultores y los productores no están ahí a la espera de asistencia, sino que pueden alimentarse a sí mismos, a sus comunidades y al mundo entero.

Reafirmemos, hoy en día, nuestro compromiso con estos miembros de la sociedad a la vez orgullosos, resistentes y productivos. Invirtamos en las zonas rurales para garantizar que sean lugares donde los jóvenes de hoy quieran vivir el día de mañana; lugares donde se pueden construir comunidades sanas y prósperas libres del hambre y la pobreza; lugares desde los cuales se puede alimentar al mundo.

Lo he visto y sé que se puede hacer. Convirtamos nuestras palabras en hechos.

por **Kanayo F. Nwanze**

Presidente del Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola



Fondo Internacional
de Desarrollo Agrícola
Via Paolo di Dono, 44
00142 Roma, Italia
Teléfono: (+39) 06 54591
Fax: (+39) 06 5043463
Correo electrónico: ifad@ifad.org
www.ifad.org
www.ruralpovertyportal.org

Contacto
Sabel NDure-Barry
Auxiliar Ejecutiva del Presidente
Tel.: (+39) 06 54592200
Correo electrónico: s.ndure-barry@ifad.org



Febrero 2011